Ratón & gato

María Belén Murúa □□

Capítulo 1

Corro escaleras abajo para evitar la macabra risa detrás de mí.

¿Por qué los grupos de personas tienen sus voces tan agudas? Es molesto. Sin embargo, puedo oírlo a él, al otro, a aquel, y a ella también.

Corro por las escaleras, hacia una esquina en el nivel más bajo. Espero que se detengan en el segundo piso. Los pasos van ... y van ... y van ... no. Están bajando.

Miro a la izquierda, a la derecha, nerviosa, un ratón que sabe que viene un gato pero que no puede hacer nada.

Creo que incluso puedo sentir que mi nariz se contrae.

Y ahí están sus pies. Como en una película, en realidad, la cámara se desplaza hacia arriba: los pies, las rodillas, las caderas, el estómago, los senos (se detiene aquí por un segundo; si voy a estar en una situación incómoda, es mejor que me divierta un poco), hasta los hombros, cuello, cabeza. La sonrisa risueña.

Y el audio llega de repente, el conglomerado de voces adolescentes formando una todopoderoso alarido. La multitud popular es un solo ser, con gargantas semi-liberadas.

Un ratón, ¿dije que lo era?

Si.

Un ratón, encogido contra la pared.

Un ratón, absorto en sus pensamientos, paralizado por los faros que brotan de repente de sus ojos. Los ojos de los gatos son reflectantes, ¿verdad? Como faros.

Mis ojos son de color negro. Técnica y metafóricamente, es porque no reflejan ninguna luz. Es porque absorben todo y no devuelven nada.

De todos modos, mis ojos son negros, no tan apagados, pero soy un ratón grande, así que me notan. Un ratón de 170 cm acurrucado en un rincón de la entidad popular. Bueno, de mucho más que eso, pero es complicado.

"¿Qué estás haciendo?" pregunta, sonriendo, riendo ante la imagen de un

gran ratón de pelo largo y rizado.

No contesto.

"¿Qué estás haciendo?" repite.

La sonrisa comienza a desvanecerse.

"¿Estás bien?"

Se fue.

Y comienzan a caminar hacia mí. El gato, sin que él mismo lo sepa, está sobre mí.

"¿Qué pasa?" Está sobre mí, mientras deslizo mi espalda por la pared y me acurruco en una bola de llanto.

El ser y su conglomerado de voces vuelven a ponerse en marcha.

¿Qué pasa? ¿Podemos hacer algo?

¿Qué pasó? ¿Debería llamar a un gurú? Las garras del gato me desgarran.

Sin embargo, no hay nada más aburrido para un gato que un ratón con el que no puede comer ni jugar, y como no contesto, pronto se aburre.

Se va.

Me olvidan, olvidan con bastante facilidad la mayoría de las gargantas. Tal vez lo recuerde, pero en realidad no es una.

Ella está en todas partes. Es de un negro brillante: lo absorbe todo, pero refleja algo.

Esa es la única diferencia entre ella y yo, incluso si es una pequeña la que causa una brecha tan grande en nuestras existencias.

El ratón se aleja cojeando.